

Sumario:

La Salud entendida como un bien que debe ser cuidado, fomentado, en cada persona y en la comunidad, no se puede reducir a lo meramente biológico-corporal. En su sentido amplio, comporta el desarrollo pleno, armonioso y global de la persona. La obra salvífica de Jesucristo, que prolonga la Iglesia, manifiesta la lucha contra todo mal para conservar el bien maravilloso de la salud, que se pone al servicio de los demás.

**Fundamentos
bíblico-teológicos
de la Pastoral de la Salud**

Arnaldo Pangrazzi

medellín

Jesús recorría las poblaciones de los alrededores, enseñando a la gente. Entonces llamó a los Doce y los envió de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus impuros...” “...les dio poder y autoridad para expulsar a toda clase de demonios y para curar a los enfermos” (Mc 6: 7-13, Lc 9: 1-6).

En el mandato que Jesús confiara a los discípulos se caracteriza la misión de la Iglesia como anunciadora del evangelio de la conversión y de la misericordia, sanando a los enfermos.

En el curso de la historia, la Iglesia ha interpretado esta misión adaptándose a las exigencias sociales y a los retos de los tiempos y de las culturas, a través del testimonio de las personas y de las comunidades religiosas y laicas, de la proposición de proyectos y de instituciones sanitarias. En el testimonio de la caridad misericordiosa, la Iglesia siempre se ha inspirado en el ejemplo de su Fundador que *“ha enseñado al hombre a hacer bien con el sufrimiento y a hacer bien a quien sufre”* (S.D.30).

Cristo: modelo de misericordia

Jesús ha demostrado una atención especial por quienes sufren y por quienes están enfermos. En el evangelio de Marcos, 209 de los 666 versículos que lo componen hacen referencia a la acción de Jesús hacia quienes que están afectados por enfermedades de distinto tipo.

Tratemos, por tanto, de reflexionar sobre su acción salvífica a favor de quienes sufren, subrayando algunos de sus elementos fundamentales: el programa mesiánico y los contenidos, las finalidades y el método de la acción sanadora.

El programa de Jesús

Jesús sintetiza en estas palabras su programa mesiánico: *“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Nueva Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4: 18-19).

Estas líneas-guía contienen el significado de su misión entre los hombres: es un anuncio de júbilo para los pobres y una promesa de liberación para los prisioneros, los ciegos y los oprimidos. A las palabras siguen las obras y se lleva a cabo la actuación del proyecto de salvación.

A los discípulos de Juan que se allegan a él para interrogarlo: *“Juan el Bautista nos envía a preguntarte: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? Jesús contesta Vayan a contar a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son purificados y los sordos oyen, los muertos resucitan, la Buena Noticia es anunciada a los pobres”* (Lc: 20-22).

La atención sanadora y terapéutica de Jesús se dirige a una variedad de enfermos: a los sordos y mudos (Mc 7, 32), a los paralíticos (Mt 3, 6), a los cojos (Jn 5, 3; Lc 18: 35-43), a los leprosos (Lc 17: 11-19), a los enfermos crónicos (Jn 5: 5-9), a los endemoniados (Mt 9, 32), a quienes están próximos a la muerte (Lc 7: 2-10).

Las intervenciones a menudo son a favor de enfermos encontrados individualmente como así también en medio de la muchedumbre (Mt 14, 36; Mt 4,24).

A veces, su atención se dirige a las familias y a sus invocaciones de ayuda (Jn 4: 46-54; Lc 7: 11-17; Jn 11: 1-44); en algunas ocasiones elogia la fe y la meditación de quienes se han hecho cargo de los enfermos (Mc 2,5).

Para sanar utiliza distintos recursos, según las necesidades emergentes en la situación: a veces hace uso de elementos materiales, como el fango que extiende sobre los ojos del ciego (Jn 9, 6); otras

veces usa la palabra como instrumento para sanar: *"Joven yo te lo ordeno, levántate"* (Lc: 7, 14); en otras todavía la sanación surge simplemente del contacto físico con Él (Mt 9: 20-22). En algunas circunstancias es fruto de la fe: *"Vete, tu fe te ha salvado"* (Mc 10, 52); en otras es premisa para la conversión interior: *"Vete, no peques más en adelante"* (Jn 8, 11).

Jesús no sana a todos, sin discriminación alguna, y no dedica todo su tiempo a liberar a la sociedad de entonces de los males que la afligen sino que deja señales para anunciar el comienzo de los tiempos mesiánicos; las sanaciones representan un signo de la llegada del Reino de Dios. Su intención no es sanar únicamente el cuerpo, sino sanar al hombre en su totalidad. No disocia a la enfermedad corporal de la espiritual, pero sanando el cuerpo se propone sanar el espíritu y el corazón de la persona.

El modelo de servicio halla la expresión más sublime en la parábola del Buen Samaritano que "se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la cultura moral y de la civilización universalmente humana" (S.D.29).

En la parábola, Cristo se identifica en el doble rol del buen Samaritano que ayuda y del desventurado que recibe socorro. Por una parte, la vida de Jesús interpreta sublimemente el evangelio de la misericordia vivido por el buen Samaritano que se deja guiar de la compasión, se acerca al necesitado, vierte sobre sus heridas aceite (esencias) y vino, asegurando una continuidad de presencia. El desafío del dolor está en transformarse en oportunidad de bien: *"el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la "civilización del amor"*" (S.D. 30).

Al mismo tiempo, Cristo se identifica con el desventurado: *"les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo"* (Mt 25, 40).

Al fin de los tiempos, el juicio se basará sobre la capacidad de reconocer su rostro en las personas más débiles y necesitadas: *"Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: "Vengan benditos de mi*

Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso y me albergaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso y me vinieron a ver” (Mt 25, 40).

Cristo vive y transforma el dolor

En el curso de su vida terrena, Cristo no sólo se ha puesto al lado del sufrimiento humano asistiendo a los enfermos, sino que ha vivido en primera persona el drama del dolor, encarnando al Siervo adolorido de quien había hablado Isaías:

“Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento... Pero él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias...” (Is 53: 3-4).

Sobre todo en el Huerto de los Olivos y en la Cruz Jesús experimenta el dolor moral físico y espiritual pasando a través de la traición de los amigos, del arresto, de las bofetadas y de los salvazos, de una condena injusta, de la flagelación y de la coronación de espinas, de su vía crucis, de la crucifixión, de la agonía y de la muerte.

La expresión más dramática está contenida en las palabras: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*; sentimiento probado por una infinidad de enfermos y agonizantes que elevan a Dios el mismo grito impregnado de angustia, de descorazonamiento, soledad y protesta.

Pero a esta primera reacción de Jesús, sigue otra, que habla de abandono: *“Padre mío, si no puedes pasar este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad” (Mt 26, 42).*

En el drama de Cristo, el sufrimiento asume una dimensión nueva, viene unido al amor: *“Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Jn 3, 16).*

Mas la vida no se apaga con la muerte, sino que se abre a la resurrección: *“La elocuencia de la cruz y de la muerte es completada, no obstante, por la elocuencia de la resurrección. El hombre halla en la resurrección una luz completamente nueva, que lo ayuda a abrirse camino a través de la densa oscuridad de las humillaciones, de las dudas, de la desesperación y de la persecución”* (S.D.20).

La cruz y la resurrección de Cristo iluminan el enigma del dolor y de la muerte y lo ponen bajo una luz nueva. Cristo no ha venido para quitar el sufrimiento o para explicarlo, ha venido a asumírselo y a transformarlo en fuente de vida.

Perspectiva teológica

La salud: un bien que debemos custodiar

En la nueva perspectiva antropológica, teológica y pastoral, el acento está puesto más que sobre el cuidado de la enfermedad, sobre la promoción de la salud.

La salud entendida como un bien que debe ser fomentado en cada persona individualmente y en la comunidad, no sólo desde el punto de vista biológico, lo que sería una perspectiva reductora, sino en un sentido más amplio, que incluye el aspecto personalista y dinámico.

Así como el hombre no es reducible a su cuerpo, así tampoco la salud es reducible al mero factor físico.

El proyecto salud se refiere al desarrollo armonioso y global de la persona, implica un sano equilibrio entre reposo y trabajo, entre libertad y responsabilidad, entre crecimiento personal y solidaridad para con los demás, entre dimensión contemplativa y activa. Salud es la capacidad del individuo de expresar todas sus potencialidades físicas, psíquicas, sociales y espirituales, aun en el contexto de las limitaciones que la enfermedad produce.

En la perspectiva cristiana, la salud es un valor que debe ponerse en relación con la vida y con la salvación: la vida es un don precioso

que nos ha dado Dios, un don inmenso y frágil del que hay que ser conscientes.

Promover la salud significa honrar la vida en todos sus momentos, desde el nacimiento hasta la muerte, a través de una relación constructiva con las realidades que lo componen: del ambiente, de la cultura, del trabajo a la alimentación, de un cuidado sano de sí mismo a una apertura positiva a los otros.

La Iglesia se transforma en comunidad sanadora en la medida en que alimenta aquellos valores y aquellas relaciones que honran la dignidad humana; la promoción de la salud, entonces, se hace salvación para sí y para los demás.

La salvación, entendida no sólo como curación ni como superación de una situación negativa, mas como instauración de una relación nueva, personal, con Dios y con el prójimo.

La salud como integración de los misterios de la fe

La pastoral de la salud se inspira en Cristo que en la Encarnación ha asumido la naturaleza humana, en el misterio Pascual la ha redimido y en el don de Pentecostés ha dotado a cada hombre con carismas especiales, para que pueda lograr la propia salvación y colaborar en la promoción del Reino de Dios.

Así como la sociedad ha individuado distintas intervenciones para promover la salud, a saber: la prevención y el diagnóstico, la terapia, la asistencia, la rehabilitación, así la Iglesia puede contemplar la salud y la salvación del hombre en el contexto de los cuatro misterios de la fe (la Creación, la Encarnación, la Muerte y Resurrección, el don de Espíritu) que se transforman, en los pilares de la pastoral sanitaria.

Vivir el misterio de la creación

Las Sagradas Escrituras comienzan con el libro del Génesis que presenta a Dios que crea la luz, el cielo, la tierra y el firmamento, las aguas y la tierra y ve *“que todas las cosas eran buenas”*.

El Génesis es un himno a la vida y a la creatividad. El hombre forma parte de esta creación y es su cumbre, porque se lo crea *“a imagen y semejanza de Dios”* y se lo llama a ser, con Él, co-creador: *“Sean fecundos, multiplíquense”* (Gén 1: 27-28).

La vida signa el comienzo del proyecto de salud y de salvación; el nacimiento de cada persona es un don nuevo que Dios da al mundo y se transforma para cada criatura en ocasión única y que no se volverá a dar, de celebrar la propia unicidad y creatividad.

Al mismo tiempo, la creación nació bajo el signo de la caducidad y de la condición de provisoria. A su caducidad ha contribuido el pecado de Adán y de Eva, que los ha expuesto a la experiencia de la fatiga y del dolor: a la mujer dijo: *“multiplicarē los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz a tus hijos con dolor...”*. Al hombre dijo: *“con fatiga sacarás del suelo tu alimento todos los días de tu vida”* (Gén 3, 16-18).

Pero la naturaleza queda así imperfecta y signada por la ley de la fragilidad: *“...quedó sujeta a la vanidad... Sabemos que la creación entera, hasta el presente, gime y sufre dolores de parto”* (Gén 3, 16-18).

El milagro de la creación y de la vida invitan a aceptar los límites, la enfermedad, la vejez y la muerte que lo acompañan. No se puede vivir sin sufrir; el hombre está llamado a reconciliarse con el dolor y con la imposibilidad de eludir la muerte.

Ante la enfermedad que amenaza a la salud, la Iglesia no asume una actitud de resignación ni pasividad sino que anima a luchar contra el mal para conservar el bien precioso de la salud y ponerlo al servicio de la sociedad: *“Esta previsto por el programa mismo de Dios y de su providencia que el hombre luche con todas sus fuerzas contra la enfermedad en todas las formas y se aplique diligentemente, de todas las maneras posibles, para mantenerse con salud: la salud, en efecto, este gran bien, permite que quien lo posea cumpla con su tarea en la sociedad y en la Iglesia”* (Sacramento de la Unción y asistencia pastoral de los enfermos, Premisas, n. 3).

Al mismo tiempo, sostiene la ciencia y los esfuerzos tendientes a salvaguardar la salud: *“La Iglesia, por tanto, estimula y bendice*

toda investigación y toda iniciativa emprendida para vencer las enfermedades, porque en esto ve una colaboración de los hombres para con la acción divina de lucha y de victoria sobre el mal" (Evangélicación y Sacramento de la Penitencia y de la Unción, n. 134).

El misterio de la Creación recuerda al hombre que él es el hijo más que el dueño de la naturaleza y lo exhorta a convivir sabiamente con los límites impuestos por la condición humana, valorizando los recursos creadores que Dios le ha dado.

Vivir el misterio de la encarnación

Cristo *"...que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente; al contrario se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres"* (Fil 2: 6-7).

Cristo se hizo carne para entrar plenamente en la historia del hombre, honrar la corporeidad, vivir las tribulaciones y las promesas. La encarnación habla de la proximidad de Dios con respecto al hombre: *"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn 1, 14).

Cada persona nace con un patrimonio genético propio, encarnada en una determinada familia, dentro de una cultura y tradición específicas, influenciada por múltiples factores ambientales, sociales y económicos.

El desafío para todos es el de asumir la propia condición, hacerse protagonista de la propia historia, aceptando ya sea sus límites y sus potencialidades y realizando opciones que permitan a cada uno ser más auténtico consigo mismo.

Cristo ha asumido la naturaleza humana, aceptando sus condicionamientos y experimentando la soledad, el hambre, la sed, el cansancio, hasta ha llegado a vivir el límite último de la muerte.

Él es la figura por excelencia del "Sanador herido" que a través de su sufrimiento sana el corazón del hombre: *"y por sus heridas fuimos sanados"* (Is 53,5).

La fidelidad a la Encarnación se refiere, de modo especial, a quienes están comprometidos en las asistencia al enfermo.

Más de cuatro siglos atrás, San Camilo De' Lellis proclamado por la Iglesia santo protector de los enfermos, de los hospitales y de los agentes de salud, animaba a los religiosos para que sirvieran a los enfermos con "más corazón en esas manos", con el mismo amor "de una madre hacia su único hijo enfermo como el espíritu lo sugerirá". Hoy, el mundo de la salud invoca "manos plenas de caridad" y corazones que sepan escuchar y comprender.

Ser fieles a la Encarnación requiere el coraje de privilegiar el servicio de los más pobres, de los marginados y de los más débiles, como Cristo ha ejemplificado con su ministerio. Los marginados de hoy son los enfermos de SIDA, los minusválidos graves, los enfermos terminales; encarnarse en su realidad requiere paciencia, abnegación, generosidad, empatía.

Ser fieles a la Encarnación significa cultivar el diálogo como vía privilegiada para conocer a quien sufre, alcanzar su corazón, sanar sus partes enfermas, entrando en sintonía con sus vivencias y sabiendo adaptarse a sus distintas situaciones.

El dinamismo de la Encarnación nos hace conscientes de que Dios puede servirse de nosotros para llevar un rayo de luz a quien vive en las tinieblas, sembrar algo de esperanza en quien se encuentra al borde de la desesperación, infundir coraje a quien quiere darse por vencido, ofrecer consuelo a quien está solo. Lambert Noben ha expresado concisamente el significado de la encarnación en el mensaje:

"¿Por qué nací?, dice Dios"

Nací desnudo, dice Dios
Para que tú sepas desnudarte de ti mismo.

Nací pobre,
Para que tú puedas considerarme la única
riqueza.

Nací en un establo,
Para que tú puedas santificar todos los
Ambientes.

Nací de noche,
Para que tú creas que puedo iluminar
Cualquier realidad.

Nací persona,
Para que tú no te avergüences
De ser tú mismo.

Nací perseguido,
Para que tú sepas aceptar las dificultades.

Nací en la sencillez,
Para que tú dejes de ser complicado.

Vivir el misterio pascual

En el centro de la historia de la salvación está el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo.

La muerte sin la resurrección haría vana la esperanza cristiana, como la resurrección sin la muerte no tendría sentido. Es la unión de estos dos momentos que nos remite a una dinámica constante de la vida biológica, psicológica y espiritual: alejarse para renovarse, morir para nacer, dejar para encontrar, dar para recibir, perderse para volver a encontrarse.

Sobre la cruz y en el Amor de quien la ha cargado está la respuesta al interrogante sobre el sentido del sufrimiento (S.D. n.15). La cruz no quita el dolor, sino que lo ilumina de esperanza:

“Y aunque la victoria sobre el pecado y la muerte, conseguida por Cristo con su cruz y resurrección no suprime los sufrimientos temporales de la vida humana, ni libera del sufrimiento toda la dimensión histórica de la existencia humana, sin embargo, sobre esa

dimensión y sobre cada sufrimiento esta victoria proyecta una luz nueva, que es la luz de la salvación” (S.D. n.15).

Para el cristianismo *“la resurrección de Cristo no sólo es un consuelo en una vida amenazada y destinada a la muerte, sino que asimismo es un acto en que Dios contradice el sufrimiento y la muerte, la humillación y el insulto, y la perversidad del mal. Para la esperanza, Cristo no es solamente un consuelo en el sufrimiento, sino también la protesta de Dios contra el sufrimiento”* (Moltmann J., Teología della speranza, Brescia 1969, pág. 15).

El misterio pascual se celebra, sobre todo, en los sacramentos con los que se recibe la gracia de la salvación actuada por Cristo.

A través del bautismo, el cristiano muere a sí mismo y al hombre viejo para renacer a una vida nueva; en el sacramento de la reconciliación, la criatura sujeta a las debilidades; a las incoherencias y al pecado, invoca el perdón y la gracia de Dios para retornar con humildad y confianza al propio camino de crecimiento.

Pero es, en especial, a través de la catequesis que el cristiano viene educado para vivir el misterio pascual en la vida cotidiana.

El mundo de la salud es un horizonte que compendia los momentos fundamentales de la vida del hombre y las cuestiones últimas que lo interrogan: el sentido del dolor y el porqué de las tragedias, la percepción de la presencia o ausencia de Dios en el sufrimiento, el interrogante acerca de por qué sufren los inocentes.

El tema pascual halla actuación y eco todos los días en los repartos de los hospitales, en el interior de tragedias y lutos familiares, en la televisión o en los periódicos.

Una página importante de la historia humana es el viernes santo que vuelve a escribirse cada vez que individuos, familias y comunidades se encuentran afectados por el sufrimiento que aflige al cuerpo, al espíritu, a la mente; allí donde se recibe un diagnóstico infausto o se llama a afrontar una tragedia imprevista, que hace bajar el telón sobre el propio futuro y hiere la propia posibilidad de proyectar.

Otra página importante de la historia humana es la resurrección, que se escribe cada vez que el sufrimiento viene afrontado con valentía, el dolor favorece la reconciliación con Dios y con los demás, los recursos de los hombres de buena voluntad se ponen al servicio de la esperanza, ya no se mira a la muerte como a un fin, sino como a un pasaje que guía hacia un destino: *“A tus fieles, oh Señor, no se les quita la vida sino que se la transforma; y mientras se destruye la morada de este exilio terrenal, se prepara una habitación eterna en el cielo”* (Prefacio de los difuntos).

El dolor permanece siempre como huésped incómodo de la comunidad humana. La ciencia lo combate, la sociedad de consumo lo rechaza, la Iglesia reconoce su carácter de inevitable y nos invita a transformarlo en crecimiento.

Según la actitud que asume ante él, el hombre progresa o retrocede, vive más en la sombra del viernes santo o se encuentra iluminado por la luz de la resurrección.

Vivir el misterio de Pentecostés

Jesús, al enviar al Espíritu Santo sobre los apóstoles ha confiado a la Iglesia la tarea de continuar su ejemplo, irradiando en el mundo el espíritu del amor y la esperanza.

El Espíritu guía el camino de la Iglesia distribuyendo a cada uno dones y los carismas diferentes: *“En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común”* (I Cor 12, 7).

El milagro de Pentecostés es promover la unidad: “Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios que realiza todo en todos” (I Cor 12, 6) y reforzar el sentido de comunión entre los miembros pertenecientes al mismo cuerpo: *“¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él. ¿Un miembro es enaltecido? Todos los demás participan de su alegría”* (I Cor 12, 26).

En el mundo de la salud la Iglesia, iluminada por el Espíritu, se siente profética cuando promueve la vida aun en su imperfección, defiende la dignidad humana amenazada por un exceso de medicina

o por falta de asistencia, sostiene el valor del servicio a los enfermos, ayuda a descubrir el valor específico del sufrimiento, contribuye a armonizar los esfuerzos de quienes actúan en las instituciones, se compromete para que la comunidad cristiana entera sea portadora de salud, valorizando los dones de cada uno.

El famoso escritor Michael Quoist, en su obra "Parlami d'amore" (Háblame de amor), propone imágenes sugestivas para señalar cómo el pequeño aporte de cada uno contribuye a componer el mosaico de la misericordia:

Si la nota dijera: no es la nota la que hace la música
no habría sinfonías.

Si la palabra dijera: no es una palabra la que puede hacer
una página, no habría libros.

Si la piedra dijera: no es la piedra la que puede levantar
el muro, no habría casa.

Si la gota de agua dijera: no es una gota de agua
La que puede hacer el río, no existiría el océano.

Si el grano de trigo dijera: no es el grano de trigo
El que puede sembrar un campo, no habría mieses.

Si el hombre dijera: no es un gesto de amor el que puede salvar
La humanidad, jamás habría justicia ni paz.

Ni dignidad, ni felicidad sobre la tierra.
Como la sinfonía necesita cada nota,
Como un libro necesita cada palabra,
Como la casa necesita cada piedra,
Como el océano necesita cada gota de agua
Como las mieses necesitan cada grano
La humanidad te necesita, aquí, donde estás, único,
Y por tanto insustituible.

De modo especial, el espíritu de Pentecostés ilumina a la comunidad y la lleva a reconocer en el enfermo a un portavoz de esperanza: *“No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo”* (Hechos 2, 6)¹.

El enfermo puede evangelizar a los sanos viviendo con serenidad y aceptación su propia cruz, abriéndose al prójimo en vez de encerrarse en su propio dolor, promoviendo una reflexión profunda sobre las verdades de la vida, haciéndose anunciador de esperanza ante la muerte ya inminente.

Vivir Pentecostés significa dejarse guiar por el Espíritu para vivir el misterio del dolor, ser testigos de resurrección, compartir la propia riqueza interior y construir la comunión con cuantos nos rodean.

Recapitulación

La pastoral de la salud se inspira en el ejemplo de Cristo y halla sus bases en los misterios de la fe.

En el misterio de la Creación está la huella de la creatividad humana, pero así también nos recuerda su condición de provisoria y su caducidad.

En el misterio de la Encarnación se encuentra el Dios que se inclina ante la humanidad para elevarla, estimulando a cada uno de los hombres para que se haga hermano de su prójimo, herido y necesitado.

En el misterio de la Pascua se resumen los interrogantes que hacen sufrir a la existencia, pero allí está también la respuesta última al dolor, que es amor.

1 Para las citas bíblicas se ha usado San Pablo, Madrid/Buenos Aires, 1994 y para el sentido cristiano del sufrimiento humano (S.D= Salvifici Doloris), la edición de la promoción popular Cristiana, Madrid 1987. Las demás traducciones son libres, de la traductora M.S.Alvarez.

En el misterio de Pentecostés el Espíritu inspira a individuos y a comunidades para que al lado de cada hombre que sufre haya también un hombre que ama.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.

En síntesis, la salud se transforma en salvación cuando se construye el proyecto de hombre en sintonía con el proyecto de Dios.